



VINCENT VAN GOGH : CARTAS A THEO

Cartas a Théo trasciende la novela epistolar. Trasciende también la simple idea de las reflexiones de un escritor, para ofrecernos un viaje único, la del retrato de un hombre que vivió y sintió su tiempo, al hombre, la pintura, que supo amar su pintura pero también la de los otros, y supo verla a través de sus ojos. Un artista víctima de sí mismo, irrepetible.

■ **Laura Bordonaba**

Leí cartas a Théo hace muchos años. Ahora vuelvo a hacerlo, y resulta maravillosamente doloroso. Que nadie se acerque a esta obra pensando que simplemente vais a encontrar cartas entre dos hermanos. No. La correspondencia entre Van Gogh y Théo arroja luz sobre una de las biografías más apasionantes que se puedan leer. La de un hombre, un artista, en toda la dimensión de la palabra, de una sensibilidad aplastante. Ordenadas de manera cronológica, las 652 cartas nos ofrecen un fresco y vívido retrato de Van Gogh y su época, desde los 19 años del autor, hasta su suicidio en 1890, además de una personal visión de la estética. Fueron Théo y su esposa, quienes se ocuparon de ordenarlas, recopilarlas y publicarlas a manera de biografía del pintor.

Comienzan en Londres, de julio de 1873 a mayo de 1875, para continuar en París hasta marzo de 1876, y posteriormente Amsterdam en 1877. Etten, Bruselas y Borinage, hasta septiembre de 1880. En octubre de 1880 vuelve a Bruselas y regresa de nuevo a Etten. Seguirá una estancia en La Haya de dos años, Drenthe entre septiembre a noviembre de 1883, y después, Nuenen, Amberes y París hasta febrero de 1888. Arlés hasta mayo de 1889, Saint-Rémy, y por fin, su último viaje hasta Ouvers-sur-Oise, del 21 de mayo al hasta su muerte, el 29 de julio de 1890.

Así, asistimos a los comienzos de la vida adulta de Van Gogh, desde sus primeros pasos en París, como empleado de la casa Goupil, una galería de arte, cuando el pintor acaba de pasar unos años en Londres, donde ha descubierto su pasión por la pintura, y ha sufrido un fuerte desengaño amoroso, que cambia su carácter. Van Gogh se nos revela ya entonces como alguien con un espíritu libre y frágil, al que hiere la belleza del mundo, y que al difícilmente imaginamos en un empleo “corriente”.

Descartado en varios empleos, y con una vida amorosa difícil, abocado al misticismo, Van Gogh se avista desde el principio como alguien que necesita expresarse, a través de su arte y del de los demás, expresar ese dolor, y ese torrente de vida que adivinamos. Un misticismo volcado en la pintura, a través de la cual expresa el amor a la naturaleza y al ser humano. Pero si hay otra palabra que define bien a Van Gogh es intensidad. Una personalidad intensa, que sufre el rechazo de la sociedad burguesa, y que parece encontrarse más cómodo en la naturaleza y entre campesinos que en la ciudad. (“He de examinar y estudiar todo lo que forma parte de la vida del campo, como tantos han hecho, y siguen haciendo. Frente a la naturaleza, ya no me siento tan impotente como antes.”)

En una carta escrita durante sus primeros años en Amsterdam Van Gogh escribe: “A veces conviene ir hacia el mundo y frecuentar los hombres, pues uno se siente obligado y llamado; pero el que prefiere permanecer solo y tranquilo en su labor y no pretende más que muy pocos amigos, es el que circula con más seguridad entre los hombres y el mundo”. Van Gogh nos está ofreciendo en ese momento su primer autorretrato.

Conforme se suceden las cartas, y pasan los años, el carácter de Van Gogh se afila, asistimos a la comunión de Vincent y la naturaleza, asistimos a un gran desfile de obras, propias y ajenas, a la minuciosa descripción de pintores tan fabulosos como Delacroix, Millet,... Vincent pinta, aprende a pintar, se perfecciona, y espera el momento en que sus pinturas puedan ser colocadas fácilmente en el mercado por su hermano, amigo y confidente, marchante de arte. De Millet, al que reverencia, Vincent hace suya una frase: “El arte es un combate; en el arte es necesario jugarse la vida” “Se trata de trabajar como un negro:

preferiría no decir nada, a expresarme débilmente”. Y de él nos dice: “Tiene corazón, este pintor”

Asistimos a momentos difíciles, económicos (Van Gogh pide dinero en varias ocasiones a Théo), y de debilidad y agotamiento mental y físico. (“La convicción de que nada, salvo la enfermedad, puede quitarme esa fuerza que comienza a desarrollarse en mí” o “Yo busco, yo persigo con todo el alma” “Yo soy un artista” “no quiero belleza que sea debida al material sino a mí mismo). No perdamos nunca de vista ese misticismo de Vincent, con él, espera compensar la vida, enriquecida y frívola, desde su punto de vista, de su hermano. A través del dominio del dibujo Vincent se purifica y se salva. Como adorador del sol, vemos también un amor creciente por el color amarillo: pinta de amarillo la casa que quiere que sea ese taller, dibuja enormes girasoles amarillos. El color de los que están cegados por Dios. Y mientras Vincent se acerca a Dios, su estabilidad mental, su lucha por demostrar que su trabajo y su vida es rentable, su lucha por merecer a su hermano, lo van arrancando más y más de la vida.

Durante 10 años vemos a Vincent consumiéndose en una hoguera alimentada por la presión por demostrar, a su hermano y a sí mismo, que la inversión en él es un acierto, al que continuamente pide prórrogas de un mes más a la paciencia de su hermano, sabiendo que lo está arruinando y sospechando que va a ser el responsable de malograr la vida de ambos. El carácter de Vincent es de natural furioso y obsesivo, al que unimos el frecuente desequilibrio entre grandes artistas de talento, con los que Vincent destruye su vida en un camino de perfección espiritual y examen continuo de conciencia. Mientras esta destrucción progresiva sucede, vamos teniendo pinceladas de la progresión de Vincent, sus progresos con el lápiz son extraordinarios. Dibuja obsesivamente, hasta automatizar la mirada y crear su propio trazo. Descubre en la simplicidad de la teoría de los colores complementarios de Delacroix la clave con la que enfrentar la forma de atacar sus cuadros, y así, Vincent encuentra un lenguaje por fin, propio, de dibujo automático y relleno de color por oposición de contrastes, que le permite adquirir la naturalidad que busca.

Vincent alcanza muy pronto el estado ideal del pintor que sólo ve y pinta, en contraste a aquellos que piensan. Pinta desde dentro el paisaje exterior. Autorretratos emocionales. Así pueden definirse los cuadros de Vincent. La fuerza de los contrastes es la de sus emociones, cada vez más intensas, y firmes. Utiliza la difícil técnica de trabajar con gruesas pinceladas de óleo y remata el cuadro en una sola fase, con toda la superficie húmeda. Cada pincelada tiene que ser definitiva y evitar el contacto con el resto de la pintura de la tela para no mezclarse. La energía de Vincent se consume en cada pincelada, pero logra dar una unidad y una fuerza expresiva a la pintura demoledoras. Incluso llega a prescindir del dibujo previo. Pasa horas y horas trabajando, todos los días, dando miles de pinceladas que no permiten el retoque y necesitan la perfección de cada trazo. El demonio lo persigue.

E informa a Théo de las victorias sobre él. El arte es su nuevo dios. Así purga su pecado como hombre, y la identificación entre lo que es y lo que hace es obsesiva y va haciendo que su salud mental cada vez sea más frágil. El éxito no llega y sigue pidiendo dinero a Théo, y éste, sigue manteniendo su fe en Vincent y ayudando a su hermano, mientras los cuadros que éste le mandan se acumulan en su casa, unos cuadros que todavía no ha conseguido colocar en el mercado de las obras de arte. Vincent repite a Théo que su obra es la obra de los dos. Y es que uno de los grandes valores literarios de estas cartas es el reflejo de una gran historia de amor trágico entre hermanos que se reparten las tareas de un proyecto común: imponer el nuevo arte en el mercado. “(Lo reconfortante para uno, cuando se colabora y trabaja en grupo, es que no ha de cargar él solo con sus sentimientos e ideas. Y entonces se es

capaz de mucho más, y uno es infinitamente más dichoso. Esto es lo que quisiera que hubiese desde hace tiempo entre nosotros)”. El éxito es la redención, Vincent y otros pintores son profetas. Vincent trabaja infatigablemente, y su trabajo y su vida se entremezclan con prostitutas a las que quiere salvar, alcohol, psiquiátricos, y talleres que fracasan.

En conjunto, y como documento, las cartas a Théo tienen el interés de ver cómo Vincent incluye la figura del promotor en la tarea del pintor. Los grandes golpes de efecto a la historia del arte se han dado siempre con esta complicidad, los mecenas forman parte de la historia de la pintura tanto, aunque en lugares distintos, como los grandes nombres de la historia del arte.

Como testimonio, las cartas enseñan la evolución en primera persona de un hombre que se rompe y de un artista que se inmola, con la lucidez de un iluminado. No es de extrañar que Antonin Artaud, otra fragilidad iluminada, dedicara un ensayo a V.G.

La última carta, número 652 de la correspondencia, no llegó a ser enviada. La encontraron en el bolsillo de la chaqueta de Vincent el día de su muerte, el 29 julio de 1989. El pintor agonizó a lo largo de dos días en la habitación de una posada, tras haberse disparado en el costado, dando tiempo a que su hermano Théo viajara desde París para consolarlo durante sus últimas horas de vida. Théo murió un año después, aproximadamente, de pena y lleno de deudas y de dudas, sin ver el ascenso a la gloria de la cotización que la obra de Van Gogh tendría inmediatamente después de la muerte de ambos. Porque justo antes de morir Vincent, el mercado da su primera señal positiva: por fin, sale una crítica favorable y se vende el primer cuadro. Sólo es un paso, pero es el cambio de tendencia que un experto sabe detectar y que los hermanos habían esperado, pero llega tarde. Han vencido, pero Vincent se ha consumido en la pelea, y ya no puede más. Y el lector se queda con la duda de si por fin, Vincent verá su Dios en ese sol, y de si alcanzará la paz.

